

MUNICIPALIDADES.	HABIT.
De la vuelta.	26,772
Mixquic.	2,006
Tlahuac.	4,921
Hastahuacán.	5,965

39,664

PREFECTURA DE GUADALUPE HIDALGO.

MUNICIPALIDADES.	HABIT.
Guadalupe.	4,517
Atzacapotzalco.	5,972

10,489

Número total de habitantes. . . . 426,804

POBLACIONES PRINCIPALES.

MÉXICO.—Capital de los Estados Unidos Mexicanos, se halla situada á los 19 grados 26' 21" de latitud Septentrional y á los 99 grados 6' 45" 8 de latitud Occidental de Greenwich, en el hermoso Valle de su nombre, á 2,282 m. 7 de altura sobre el nivel del mar. La presión barométrica anual es de 586 mm. 7, la temperatura media 15 grados 7 C. y la declinación de la aguja de 8 grados 12'. Los vientos dominantes en el año son los del Norte, pero algunas veces soplan los del Sur, que son fríos, como procedentes de las elevadas montañas que circundan el Valle por ese rumbo.

Origen y fundación.—De una apartada región Septentrional llamada Aztlán, cuya posición aún no ha sido posible precisar, los Aztecas por el año de 820, emprendieron una larga peregrinación, en busca de otro país que pudiera ofrecerles un ventajoso asiento, dirigiéndose, al efecto, hacia el Sur, juntamente con otras seis tribus, xochimilca, chalca, tecpaneca, acolhua, tlahuica y tlaxcalteca, las cuales hablaban el mismo idioma, el ná-

huatl ó mexicano. Después de haber recorrido diversas regiones, tocando en Casas Grandes del Gila y de Chihuahua, la sierra de la Tarahumara y Huycolhuacán, hoy Culiacán, se establecieron en Chicomoztoc (Siete Cuevas, que aluden más bien á las siete tribus). De ese lugar inmigraron las tribus sucesivamente hacia el Valle de México, ocupando unas los alrededores del lago y traspasando otras las serranías de Oriente y Sur. La última tribu que abandonó Chicomoztoc fué la mexicana, la cual, después de mil rodeos, llegó al Anáhuac (junto ó cerca del agua), nombre dado, primero al Valle de México, y después á todo el país, sin duda por hallarse comprendido entre dos mares. Los Mexicanos que ya encontraron poblados los alrededores del lago resolvieron fijar su residencia en la misma región, pero siendo obstinadamente molestados por las demás tribus que les habían precedido, mudaron sin cesar de asiento, refugiándose por último en Chapultepec, de donde pasaron, por la misma causa, á Acocolco, grupo de islas entre espadañas, situado en la parte Suroeste del lago. Allí vieron posada, sobre un nopal que nacía entre la hendedura de una roca, una águila hermosa, con las alas extendidas y devorando una víbora. Esta circunstancia, conforme á sus tradiciones, les indicaba el lugar en donde debían fundar su ciudad, como lo efectuaron en 1325, llamándole primero Tenochtitlán, del nombre del sacerdote y caudillo Tenoch, y después MÉXICO, derivándolo de Mexitli, dios de la guerra, por otro nombre Huitzilopochtli.

Afirmado el terreno y ensanchado con céspedes, levantaron desde luego, junto al tunal, un *momoxtli*, templo humilde que había de convertirse más tarde en el gran Teocalli que alcanzaron á ver los españoles. Construyeron alrededor de él sus chozas, con carrizos y tules, únicos materiales de que podían entonces disponer. La ciudad fué dividida en cuatro barrios ó *calpulli*, repartiéndose en ellos los caudillos de la manera siguiente: Al Noroeste, en el barrio de Cuepopan, hoy Santa María la Redonda, el sacerdote Tenoch y el guerrero Mezitzin; al Noroeste, en el de Atzacualco, hoy San Sebastián, los llamados Ocelopan y

Cuapan; al Sureste, en el de Teopan ó Xoquipan, actualmente San Pablo, los nombrados Ahuexotl y Xochimilco, y al Suroeste, en el de Moyotla, hoy San Juan, los conocidos con los nombres de Atotototl y Xiuhcac. Una parte de los Tenochca, por causas de sus antiguas rivalidades, se separó, yendo á poblar la isla de Xaltelolco, ó Tlaltelolco, del mismo lago.

Haciendo estacadas, ocupando los islotes, y terraplenando los lugares intermedios, lograron los Tenochca, dar sucesivo y mayor ensanche á la ciudad, constituyéndose primero en reino bajo los gobiernos de Acamapictli (1376 - 1396), de Huitziluhuitl (1396 - 1417) y de Chimalpopoca (1417 - 1427), y después en imperio, habiendo sido sus emperadores Itzcoatl (1427 - 1440), Motecuhzoma I, Ilhuicamina ó el viejo (1440 - 1469), Axayacatl (1469 - 1481), Tizoc (1481 - 1486), Ahuizotl (1486 - 1502), Motecuhzoma II, Xocoyotzín (1502 - 1520), Cuitláhuac (1520) y Cuauhtémoc (1520 - 1521).

La ciudad empezó á adquirir importantes mejoras en el reinado de Huitziluhuitl, llegando á su mayor grandeza y poderío, en los de Itzcoatl y Motecuhzoma Ilhuicamina, quien primero como general de su antecesor y después como soberano, redujo á los enemigos de su nación, extendió los dominios de ésta á remotas provincias, decretó la construcción del gran templo y dictó nuevas providencias, que mucho contribuyeron á mejorar el estado social de los Mexica.

El engrandecimiento de la ciudad no se detuvo en los siguientes reinados, así es que á la llegada de los españoles, ocupaba aquella una extensa superficie, siendo tan grande, según expresión de Cortés, como Córdoba y Sevilla (véase el detalle Núm. 1, Carta del Distrito), ascendiendo el número de habitantes á 300,000.

Las calles eran, unas de tierra y otras de agua con aceras firmes, constituyendo éstas otros tantos canales de comunicación, y de aquellas, cuatro que partían del centro de la ciudad donde se levantaba el gran Teocalli, eran las principales: la de Tepeyac, al Norte; la de Tlacopan, al Oeste; la de Ixtapalapan, que

en el fuerte de Xoloc se unía á la de Coyoacán, al Sur, y la que partía de la puerta del templo mayor y terminaba al Oriente en la orilla del lago, en el embarcadero.

Las casas fabricadas de *tezontli* y cal, de adobe, carrizo y paja, según la calidad de las personas, eran generalmente de un solo piso, algunas de dos y muchas de ellas espaciosas y con bellos jardines.

Al Oriente del templo mayor, de donde hoy se levanta la Catedral cristiana, se alzaba el extenso palacio imperial, con veinte puertas de salida, á calles y plazas, con sus fuentes y baños, sus paredes de pórfido y basalto, sus techos tallados, de cedro ó pino, y sus salones y adoratorio decorados, aquéllos con telas de algodón y plumas, y éste con láminas de plata y oro, en las que relucían piedras incrustadas.

Inmediatos al palacio, al Norte, se hallaban tres edificios importantes: el templo de Tezcatlipoca (hoy Arzobispado), la Casa de las aves, con sus estanques de agua, y el palacio de Axayacatl, en donde estuvo preso y murió Motecuhzoma II.

Al Oeste del gran Teocalli se hallaba el palacio de Motecuhzoma el viejo.

Todos estos edificios limitaban la gran plaza por el Norte, Este y Oeste, así como por el Sur, un canal y el palacio de Tlilancalqui, hoy Palacio Municipal.

Además de los templos mencionados, la gran Tenochtitlán poseía otros muchos, siendo los principales el grande de Tlaltelolco, barrio que hacía parte de la ciudad, desde su reducción por Axayacatl; el Teocalli de Tezontlamacayocán (Santa Catarina Mártir), el de Huitzanahuac (Plaza de San Pablo), el de Huitzilán (Jesús Nazareno), el de Atzacualco (San Sebastián) y el de Xacacualco (Santa Ana).

Además del palacio imperial, de los edificios ya mencionados, Motecuhzoma poseía otros palacios de recreo, entre los que sobresalía el situado al Sur de la ciudad, y está marcado en el plano con la letra A (detalle Núm. 1), y cuya posición ha sido deducida de otros dibujos análogos.

Todas las casas de los señores constituían vastos edificios, con grandes patios y jardines, extensos departamentos y cómodas habitaciones, distinguiéndose, además, de las otras por sus torres y más sólida construcción.

Completaban los edificios más notables de la ciudad los palacios de justicia y establecimientos públicos, entre los que se hallaban el templo de las Vestales, destinadas, desde la niñez, al culto de los dioses; la Casa de las fieras, que ocupaba el lugar en que más tarde se levantó la capilla de los Servitas, en San Francisco, y por último, los dos *Tianquixtlis* ó mercados, el de México, en el lugar que hoy ocupa la plaza de San Juan, y el de Tlatelolco, al Oriente del Teocalli del mismo nombre. Verdaderamente causaba admiración el orden que en ambos mercados se observaba: todos los efectos, según su clase, tenían su sitio determinado, así es que el gentío que diariamente á ellos concurría, prontamente se proveía de lo que buscaba, así de los objetos de primera necesidad, como de los artículos de lujo, contándose entre los primeros los granos y semillas, vestidos y pieles curtidas, y entre los segundos, collares de piedras, plumas para adornar vestidos de gala, penachos de diversos colores, piedras labradas de variadas figuras, muchas de ellas con incrustaciones de oro y, en fin, otros muchos objetos.

Un acueducto conducía á la ciudad el agua de los manantiales de Chapultepec y otro de las fuentes de Amilco, en Churubusco.

De los dibujos antiguos, algunos de ellos publicados, ninguno está más de acuerdo con la descripción que antecede, que el representado en la lámina 1, tomado de una fotografía que he podido adquirir. La situación y extensión relativa del gran Teocalli; las calzadas y canales, la disposición de los edificios, todo da una idea de la antigua capital azteca, aún cuando tal dibujo no llene las condiciones de un plano. Suponiéndolo bien orientado, puesto que esta circunstancia no constituía una regla en los planos figurados de los antiguos mexicanos, he creído reconocer en la calzada del Sur, que como las otras tres daba principio en la muralla del Coatepantli (cerca de culebras), los lugares indi-

cados por las cortaduras, en donde fué recibido Cortés; primero en la más austral, por cuatro mil cortesanos ricamente vestidos, y después en la interior, por el mismo soberano Motecuhzoma, rodeado de su espléndida corte. Es de llamar la atención en dicho plano la calzada Septentrional, porque en lugar de recorrer todo el lago hasta tocar en tierra firme, según la narración de los historiadores, termina en él dividiéndose en otras dos pequeñas calzadas, en el edificio que se alza en forma de un fuerte, señalado en algunos dibujos como lugar de oración limitando todo una extensa albarrada que servía para contener los oleajes del mismo lago. La calzada Oriental termina en el lago, en tanto que la occidental, subdividida, comunicaba con la ciudad á Popotla y Chapultepec. El dibujo representa una parte del lago salado en el cual, cerca de la orilla Oeste, se asentaba la ciudad, hallándose aquel comunicado al Sur, por medio de un amplio canal, con el lago dulce, en medio del cual se levantaban algunas poblaciones como Mexicalzingo, Mixquic, Xochimilco y Cuitlahuac, llamada por los españoles Venezuela.

Tal era la ciudad, tomada el día 13 de Agosto de 1521 por los españoles y arrasada por ellos desde el momento en que consumaron la conquista. El celo religioso y el orgullo, hicieron cometer á los conquistadores dos grandes errores: el primero consiste en la destrucción de importantes edificios y monumentos, cegando con ella, las fuentes preciosas de la historia; estriba el segundo en la decisión de levantar sobre las ruinas de la Tenochtitlán antigua, los edificios de la población de México moderna, cuando las llanuras que se extienden al pie de las lomas de Tacubaya les brindaba el más ventajoso asiento para una capital modelo, libre de los inconvenientes á que fueron condenados, por aquel lamentable orgullo, los futuros moradores.

De intento hemos dejado para el fin la descripción del gran Teocalli de Huitzilopochtli, pues ella se relaciona á los trabajos de investigación que últimamente practicamos en el atrio de la Catedral.

La construcción de tan celebrado edificio, iniciada por los sa-

cerdotes, dominadores del pueblo y de la nobleza, comenzada por Motecuhzoma I y proseguida por Axayacatl y Tizoc, fué terminada por Ahuizotl en 1487, celebrándose en la dedicación del templo una de las ceremonias más crueles y sangrientas que registran los anales de la historia. Cuatro días consecutivos fueron empleados en el sacrificio de innumerables prisioneros, inmolados al terrible dios de la guerra, dando principio á la matanza el mismo rey Ahuizotl y los señores, y continuándola, luego, los sacrificadores, hundiendo en el pecho de aquellos el cuchillo de pedernal y sacándoles el corazón, que presentaban primero al Sol y ofrecían luego á su feroz divinidad. Todo quedó teñido en sangre, así las vestiduras reales como las de los magnates y sacerdotes, tanto el *Techcatl* ó piedra de los sacrificios, como el pavimento, muros y escaleras, por cuyos peldaños corría aquélla, según está representado en el dibujo Núm. 5.

Alzábase el templo en medio de un extenso patio cuadrado, de piso pulimentado y cercado por una muralla algo elevada, á la que daba cima una sucesión no interrumpida de cabezas de serpientes, labradas en grandes trozos de pórfido, unas de plumajes y otras de escamas, como se manifiesta en las figuras Núm. 4. Dábase á esa muralla el nombre de *Coatepantli* (cerca de culebras), la cual en cada uno de sus cuatro lados y hacia el centro, tenía una puerta que correspondía, respectivamente, á uno de los puntos cardinales y á una de las cuatro calles principales ya indicadas, existiendo, sobre cada puerta, un fuerte en que se depositaban las armas.

La forma del templo era de una pirámide truncada, en cuya faz austral, se hallaba la escalera principal de más de cien escalones, pues existían otras secundarias en las faces oriental y occidental: la construcción era sólida, los muros de revestimiento de mampostería y los escalones de piedra labrada, aprovechados, después de la demolición del Teocalli, en las obras de la iglesia de San Francisco.

Las excavaciones que practicamos últimamente en el atrio de la Catedral nos dieron á conocer que el sistema empleado en el

pavimento del patio, así como en el revestimiento de los taludes del gran templo, es el mismo que anteriormente estudiamos, tanto en las faces de las pirámides de Teotihuacán como en el suelo circunvecino que demuestra pertenecer á una antigua y extensa población, consistiendo dicho sistema en una capa, del grueso de un decímetro, de una mezcla de cal, arena y pequeños guijarros, cubierta aquella con otra de pura cal, muy delgada, bruñida y de extraordinaria consistencia, la que hacía ver á los conquistadores, tanto los templos como los edificios principales, blanqueados y relucientes. La figura 3 da idea de un trozo de la torta de esa mezcla, el cual extragimos de debajo de los escombros de la antigua catedral, segregándolo del suelo así construído y el cual, en nuestro concepto, constituía el piso general del gran patio, limitado por el Coatepantli y tal vez, más tarde, el de la catedral.

Dos adoratorios pintados de varios colores con sus cornisas y remates de incrustaciones ó mosaicos de piedrecillas negras, ó sean de obsidiana, se levantaban sobre la meseta, destacándose por su elevación y por su abigarrado color, del resto del encajado edificio. De ellos, uno estaba dedicado á Huitzilopochtli y el otro á Tlaloc, dioses de las aguas, hallándose á uno y otro lado, dos estatuas sentadas, con sus respectivos estandartes, y al frente los dos *texcatl* ó piedras redondas de los sacrificios.

En el patio, dentro de murallas, se encontraban distribuídas más de veinte torres, templos menores, salas adoratorios, habitaciones de los sacerdotes, de las sacerdotizas y sacrificadores y otras muchas construcciones destinadas al servicio del gran Teocalli.

Frente de la muralla occidental, estando de por medio una calle, existía el *Tzompantli*, sitio lúgubre en donde se depositaban los cráneos de los prisioneros sacrificados, cuyo número excedía de ciento treinta mil, según Herrera, sirviendo los de los nuevos inmolados para la reposición de los destruídos por la acción del tiempo. Todos los cráneos estaban ensartados, como cuentas de rosario, en barras de madera y éstas colocadas horizon-

talmente y á regulares distancias en gruesos maderos verticales, en número bastante para contener los despojos de tanta víctima. (Dibujo Núm. 5).

Tal era el templo mayor de la capital azteca, teatro, como se ha visto, de las sangrientas escenas que terminaron al brillar en esta tierra la civilizadora luz del cristianismo.

Ciudad moderna.—Efectuada la conquista y arrasada la ciudad durante y después del asedio, por los españoles, con el poderoso auxilio de los aliados, Cortés distribuyó solares entre los conquistadores, señaló otros para iglesias y ordenó la erección del templo mayor sobre las ruinas del gran Teocalli, sirviendo de basas á las columnas los grandes ídolos, para que "*fuesen hollados de la siempre firme é incontrastable columna de nuestra sagrada religión cristiana.*" (Sariñana: Noticia breve de la deseada, última dedicación del templo metropolitano de México.—Historia de las Indias de Nueva España, por Fray Diego Durán; tomo II, pág. 83).

Dióse desde luego principio á la construcción de la iglesia mayor, terminándose en 1524, en los momentos en que Cortés expedicionaba en las Hibueras. La erección como catedral tuvo efecto en 1530, y como metropolitana en 1547. La poca solidez de este primer templo, sus mezquinas proporciones y el mal gusto que prevaleció en su construcción, fueron la causa de las incesantes súplicas del cabildo eclesiástico, de algunos religiosos y particularmente de Fray Toribio de Benavente, á la Corte de España, para que accediese á la erección de otro templo que, como asienta el citado Sariñana, fuese digno de la magnificencia y piedad de los reyes católicos y de la religión y opulencia de este nuevo mundo.

El rey Felipe II, á la sazón regente de su padre el emperador Carlos V, hubo de acceder á esta petición, pues despachó en 1552 cédula á la audiencia y virrey D. Luis de Velasco, para que se procediese á la edificación del nuevo templo, cuyas obras, á causa de otras atenciones, no dieron principio sino hasta el año de 1573, en que se puso la primera piedra, en un lugar inmediato

á la iglesia antigua, con ánimo de que, "*demolida ésta quedase el lugar que ocupaba por atrio ó cementerio del nuevo templo.*" (Sariñana, obra citada). La antigua catedral amenazando ruina, siguió en servicio hasta el año 1626 en que, cerradas las bóvedas de la sacristía del nuevo edificio, se trasladó el Santísimo Sacramento, precedido de una pomposa procesión que recorrió las principales calles de la ciudad y en las cuales las comunidades religiosas compitieron en lujo y esplendor, colocando soberbios altares ó posas, con follajes y arroyos de agua, unos, y con profusión de plata labrada, otros.

A esta ceremonia siguióse la demolición del edificio antiguo, hasta sus cimientos, que desaparecieron bajo el terraplén del nuevo atrio, no quedando del asiento de aquel templo primitivo de la ciudad de México, sino uno que otro indicio como el que apuntó en su obra el tantas veces citado D. Isidro Sariñana.

Nuestras investigaciones sobre el terreno dieron por resultado el conocimiento del sitio y orientación de la primera iglesia católica, levantada en la Capital de la República sobre el pavimento del gran Teocalli, sirviendo no solamente de cimientos sino de basas á las columnas, las cabezas de culebra del Coatepantli, circunstancia por la cual podían ser vistas de todos como lo hace creer el Padre Durán, cuando en su obra citada, tomo II, pág. 83, dice: "*las cuales piedras el que las quisiere ver baya á la yglesia mayor de México y allí las verá servir de pedestales y asientos de los pilares de ella,*" y los comprueba el hecho que advertimos de que en tanto que unas de esas enormes piedras labradas se hallaban á cierta profundidad sirviendo de cimientos ó columnas toscanas, otras del mismo género, estaban convertidas por el cincel del conquistador en las propias basas de las columnas, conservando algunas su forma primitiva, aunque destruidas las caras, bien para regularizar las mismas piedras adaptándolas á las dimensiones y forma de los trozos de columnas, bien para hacer desaparecer la parte esencial de la figura, de mucha significación para los indígenas.

Dos hermosos ejemplares de estas últimas, una de plumaje y